



MUSEO DRAMÁTICO DEL MERCURIO.

MAC 7688

CARLOS

o

AMOR DE PADRE.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSE ANTONIO TORRES.



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

VALPARAISO:

IMPRENTA Y LIBRERIA DEL MERCURIO

de Santos Tornero.

1863.

PERSONAJES.

D. Guillermo.

Cárlos, su hijo.

Federico.

Jerman Perez.

Adela.

Teresa.

Lorenzo, criado de D. Guillermo.

Maria, criada de Adela.

La escena pasa: en Santiago los tres primeros actos, y el último en Valparaiso.

PERSONAJES

Adela	D. Guillermo
Teresa	Carlos su hijo
Leandro, criado de D. Guillermo	Federico
Marta, criada de Adela	Juanita Pérez

La escena pasa: en Santiago los tres primeros actos y el último en Valparaiso

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una habitacion regularmente amueblada. Un bufete de escribir con varios papeles. Puerta al fondo y a la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, *parado a la mesa registrando unos papeles; luego* DON GUILLERMO.

FED. Mucho se hace esperar Carlos; probablemente debe haber ido a dar una vuelta por la calle que él llama de sus delicias. Es extraño el carácter de mi amigo: debe Carlos estar herido, y herido en el alma, lo que es peor. Ya, preciso es andar a la moda. *(Toma un periódico. Aparece don Guillermo por la puerta lateral.)*

GUILL. Buenos días, Federico: creí estabais con mi hijo.

FED. Salimos esta mañana, señor, a dar un paseo, y Carlos se separó de mí, por ciertas dilijencias que, segun me dijo, tenia que practicar.

GUILL. ¿Y no sabeis qué dilijencias sean esas?

FED. No se lo pregunté, señor.

GUILL. Mirad, Federico; tiempo hace que observo en mi hijo un aislamiento absoluto: no quiere estar mas que con vos y sus papeles: le he notado un sinsabor cuya causa no he podido adivinar. El, en otro tiempo, alegre y bullicioso, y ahora melancólico y distraido... Oh! mil veces pre-

feriria verle como antes, jugueton y atolondrado, que silencioso y pensativo ahora. Federico, los jóvenes en cierta edad, escuchan mas bien los consejos de un amigo que los de un padre: a vos pues os toca alejar a mi hijo del naufragio que le amenaza.

FED. Señor...

GUILL. Escuchadme: Yo, en otro tiempo, cuando era joven como vos y Carlos, por ejemplo: cuando como vosotros me dejaba arrastrar por el torbellino de mis ilusiones, oh! todo era entonces placer y felicidad... pero un placer estenuador, una felicidad roedora! No sabeis vosotros cuántas luchas amargas nos preparan en el porvenir esa felicidad y placer que en un tiempo creimos verdaderos! son una horrible mentira, cuya fuerza moral hace bambolear y derribarse al deble cimiento de la juventud. Pues bien, Federico, es preciso que digais esto a mi hijo: que sacuda esa preocupacion en que se encuentra: que busque la sociedad, el bullicio, que vaya a los bailes, al teatro... en fin, que escuche los consejos de su padre.

FED. Mui dulce será para mí, señor, semejante mision, y tanto mas, cuan-

to que hemos visto correr juntos los primeros años de nuestra juventud. Sí, me he educado y crecido con Carlos, hemos siempre abrigado unos mismos sentimientos. Ya antes que vos, señor, había concebido la idea de amonestarle por esa repentina mudanza que en su carácter he notado y que a vos tanto os alarma.

GUILL. Pero podriais decirme al menos, cuál es la causa de ese trastorno? Talvez os lo habrá confiado... vamos, hablad.

FED. Os lo prometo... ignoro absolutamente...

GUILL. Ah! vos me engañais.

FED. Señor...

GUILL. Decid que le habeis jurado no revelar su secreto: pero un padre debe saber los secretos de su hijo. ¿Creeis que el que ha formado un corazón no desea que lata eternamente solo por la alegría o el placer? Hai en el fondo, acá, en el interior de un padre, una sed insaciable de ambicion para su hijo; y todos los lauros de la tierra quisiera acumularlos para ceñir la querida frente de aquel a quien dió el ser. Pero hasta, tal vez os molesto... mas vos no sabeis lo que es ser padre.

FED. Comprendo, señor, vuestra ansiedad por leer en el corazón de vuestro hijo; yo, como ya os lo he dicho, ignoro absolutamente la causa de su abatimiento: pero creed, él me la dirá, y no comprometiéndole...

GUILL. Siempre compromisos!... Veo que no me comprendeis, Federico. Pero mucho tarda; ya no le veré probablemente ahora: tengo que salir y desearia que vos le entregaseis estos papeles. (*Le presenta unos papeles que toma Federico.*) Son los documentos pertenecientes al pleito de esa familia a quien se ha encargado de servir. Espero que se los entregueis en su propia mano.

FED. Así lo haré, señor.

GUILL. Le direis tambien que yo mismo he estado a dejárselos.

FED. Está bien.

GUILL. Adios.

ESCENA II.

FEDERICO, *después* LORENZO.

FED. No sé que voz interior me dice, que el proyecto que Carlos me oculta, está talvez en oposicion con los sentimientos de su padre: si así fuese, cuál seria mi regla de conducta? Oh! es triste condicion tener que sondear el corazón del hijo, para vaciar en seguida el sentimiento al padre! Jamas lo haré si es que pueda comprometer el porvenir de mi amigo. Yo solo le amonestaré, yo veré modo de trazarle la senda que únicamente deba traficar. Sí, yo que ya he probado el desengaño de la vida, que quise elevar mi pensamiento en la esperanza para descender a una triste realidad! Sí, yo lo haré. El será feliz! él tiene un padre: tuvo una madre! tiene riquezas... oh! él puede esperar!... Pero yo, huérfano y pobre; venido aquí depositado como una miserable mercancia, y sin saber por quién! conservando solo una reliquia (*Se toma el pecho.*) que me dice haber tenido una madre a quien no conozco y a quien talvez no conoceré jamas... oh! yo solo serviré para aconsejar!... Pero ya creo que llega... no... (*Aparece al foro Lorenzo.*)

LOR. Buscan al señor Carlos.

FED. Y no sabeis quién sea?

LOR. Demasiado, señor: don Jerman Perez.

FED. Dile que no se encuentra en casa; pero si le es demasiado urgente el verle, puede pasar un momento a esperarle: no demorará largo tiempo.

LOR. Está bien, señor. (*Vase.*)

FED. Este pobre hombre le tiene un odio horroroso a ese señor: temo que le vaya a despedir ácremente. (*Avanzando al foro.*) Ah, se me ha olvidado; he estado hablando con don Guillermo y no me he acordado del encargo de su hijo: puede que no se haya marchado aun. (*Va a salir por la puerta lateral.*)

LOR. (*Al foro.*) Dice que volverá mas tarde.

FED. Bien.

ESCENA III.

CARLOS.

Creí encontrar a Federico: habrá quizá ido a ver a mi padre. No se por qué el alma se llena de miedo al pronunciar este nombre... Siento abrumada mi cabeza... mis ideas se confunden... Hai sentimientos que en el letargo que producen, van dejando huellas en el alma para revivir despues con mas intensidad! Toda la mañana perdida y solamente en vagar: y por qué?... para qué? ah! yo mismo me oculto lo que siento! Y despues, mi padre, sí, mi padre que suena con la ventura de su hijo, que anda leyendo en su rostro los deseos de su alma, que multiplica su cariño para hacerle olvidar su pena!... pobre padre! Ignora que él mismo ha enjendrado a su hijo, con el llanto en el alma y la desesperacion en la mente!... Cómo me cuesta engañarle! cómo me esfuerzo en sonreírle!... mis engaños se contradicen y mi sonrisa me acusa. Y Federico?... necesito desahogar en mi amigo este llanto que me quema; sí, se lo diré todo: le diré que su amigo es devorado por una pasión irresistible; que su angustia, su desesperacion, su tormento, son ocasionados por una mujer... Por una mujer!... La debilidad avasallando a la fuerza!... Oh!... Esto parece un cruel sarcasmo, y sin embargo es una triste verdad!

ESCENA IV.

CARLOS, FEDERICO.

FED. Al fin llegaste, querido Carlos.

CAR. Ah, eres tú, Federico? por qué no te he encontrado aquí? sabes que te necesito.

FED. Había ido a ver a tu padre para cumplir con el encargo que me hiciste; pero ya se había marchado.

CAR. Está bien.

FED. Pero tú estás muy pálido; te atormenta sin duda algún gran sentimiento; podré saberlo, Carlos?

CAR. Nunca te he ocultado nada, bien lo sabes; ahora, pues, necesito de todo tu apoyo. Me siento desfallecido... no sé... Federico aquí (*Con la mano en el corazón.*) aquí está el abismo!... Escucha. Hace algún tiempo que soñaba con una pasión violenta pero feliz; que me adormecía en éxtasis deliciosos; que mi alma contemplaba una imájen que una vez forjara la imaginación: pues bien, llegó la realidad, y lejos de destruir el fantasma aumentó la ilusión. Sí, una noche en un baile encontré a esa mujer que tanto había adorado en sueños: al fijar mis ojos en ella, no pude resistir a un sentimiento extraño que me dominaba, que me arrastraba!

FED. Pobre Carlos!

CAR. Un instante despues me encontraba a su lado, y aquella que un momento antes había embargado mi pensamiento, me prometió acompañarme en la primer contradanza. Oh! yo no sé, Federico; pero esa noche ha sido el momento feliz de mi vida: para mí ya no había pasado, no había porvenir: solo existía el presente. Mi alma toda entera circunscrita a ella, no podía separarse de sus movimientos. Si ella suspiraba, mi corazón latía; si sus ojos vagaban en rededor, mi alma quería espiar esas miradas; si sonreía, participaba también de su placer; y me hubiera bañado de pena si la hubiera visto entristecida!

FED. Carlos, das demasiada importancia a una entrevista de esa naturaleza. Debiste haber contenido tus sentimientos, tu alma.

CAR. Sí, contener el sentimiento, el alma, oh! el decir eso nada cuesta; mover los labios: pero apagar este fuego, decirle al alma que no sienta, no, eso no se puede ser.

FED. Amigo, me ha atormentado la declaración que me acabas de hacer: veo que tu alma se halla bajo la terrible influencia de uno de esos elementos tan comunes en las novelas: hasta ahora había creído que esas fascinaciones exageradas, solo eran hijas de una imaginación visionaria;

fantasmas fabulosos descritos por acalorados romancistas; y eres tú, Carlos, quien viene a desenganarme!

CAR. Qué quieres!... ah! Si como yo hubieses estado a su lado, si como yo hubieses visto a esos ojos volverse inquietos por apagar sus miradas en los míos, si como yo hubieses escuchado su voz, cuyo aliento era la brisa de los cielos; si como yo, en fin, hubieses estrechado esas manos llenas de suavidad y blancura, oh! te juro que hubieras preferido un tormento a separarte de ella un instante.

FED. Así lo creéis vosotros.

CAR. Durante la contradanza nuestra conversacion fué larga y animada: al principio no hacia mas que oirla, porque su belleza embargaba la atencion: sin embargo, cuando despues la escuché, conocí que su alma era grande, que sentía; que no era uno de esos trozos de hermosura, frios ornamentos de la sociedad, sin vida, sin sentimiento, sin amor: no! que su discurso extasiaba el alma, como su rostro adormecía los sentidos!

FED. (Cómo pudiera alejarlo.)

CAR. Pues bien, Federico, hace ya algun tiempo que visito a esa mujer, y ahora quiero unirme a ella.

FED. Carlos...

CAR. Sí, quiero que sea mi esposa.

FED. Vas talvez a incomodarte, amigo mio, si me opongo a tu pensamiento; pero asuntos de esta naturaleza no deben abandonarse al delirio, al impulso de la pasion. Reflexiona que vas a entregar todo tu porvenir, que no es un contrato que se puede celebrar hoy y romper mañana; no, Carlos. Reflexiona que tendrias que circunscribirte a severas obligaciones que espargen hielo en la vida...

CAR. Basta.

FED. Y luego, si es verdad que esa mujer es tan bella, si posee sentimientos tan combustibles como los tuyos, si su discurso extasia, si sus sentidos adormecen, si es verdad que es tan encantadora, ¿crees, Carlos, que esa mujer renuncie al bullicio de la sociedad? abnegue tan tierna los pla-

ceres del mundo? desprecie la multitud de halagos que por todas partes la rodearán, para limitarse a las caricias de un solo hombre?... Perdóname, Carlos; ella será la perfeccion de la mujer, pero tú no sabes lo que es la sociedad.

CAR. La sociedad! y qué me importa la sociedad? Yo soi jóven y ella tambien, y su única sociedad será la mia. Por qué ambicionar yo mas que su sola caricia? No me ha prometido que me será siempre fiel? no me ha dicho que mi voluntad será la suya? Ah! tú quieres que llegue la vejez, sí, cuando el cálculo del egoismo hace ligar los corazones; cuando la ambicion es el placer y el amor la indiferencia!... Oh! jamas, Federico, podrás variar mi pensamiento, y nunca vuelvas a pensar siquiera que ella pueda ser perjura, porque no conoces a la mujer que insultas.

FED. Bien está, Carlos: hasta ahora no me has dicho el nombre de ese ángel; quisiera saberlo.

CAR. Sí, talvez la conozcas; la señorita Adela Danceny.

FED. La hija de ese comerciante, muerto poco há? (*Con precipitacion.*)

CAR. La misma.

FED. Carlos, querido amigo, quiera el cielo que seas feliz, si persistes en llevar a cabo tu pensamiento; pero si alguna vez eres desgraciado, lo que la Providencia no permita, acuérdate que tu amigo, al tiempo que dabas tu mano a esa mujer, te dijo: Carlos, jamas aprobaré tu enlace!

CAR. Ah! (*Lo abraza.*)

LOR. (*Al foro.*) Aguarda al señor Carlos la persona a quien se dió orden que volviese.

FED. Puede entrar. Te dejo con esa persona, Carlos. (*Saca los papeles que le entregó don Guillermo.*) Estos papeles me encargó tu padre te entregase, pertenecientes a no sé qué causa de que te has hecho cargo: él en persona estuvo a dejártelos.

CAR. Está bien, Federico.

ESCENA V.

CARLOS, JERMAN.

JER. (*Entrando.*) Me alegró mucho de encontraros al fin, señor Carlos: toda la mañana he andado detras de vos, y esta es la primera vez que tengo el honor de hablaros.

CAR. Siento mucho, caballero, el que os hallais incomodado. Negocios demasiado importantes me han obligado a salir de casa esta mañana.

FED. En fin, ya os encuentro, y lo andado, andado.

CAR. Tened la bondad de tomar asiento, señor.

JER. Gracias. (Este mozo es cortes: promete, sin duda.) (*Sentándose.*) Venia, pues, a ver si podíamos arreglarnos respecto al pleito entablado por Fernandez, comerciante a quien ya vos conoceis, contra la casa de Perez y Compania: y como no ignorais que yo hago parte de dicha sociedad, y sabiendo, ademas, que en vuestro poder se encuentran los documentos mas importantes que deben influir sobre manera en la causa, no estranareis que venga a unirme a vos para cooperar en cuanto me fuere posible a fin de ver realizadas las esperanzas de la sociedad.

CAR. Es muy justo, señor: pero como aun tengo que esperar un mes, cuando mas, para que mi firma pueda ser válida en asuntos de esta naturaleza; pues me falta la última prueba para que se me espidan los correspondientes titulos, desearia queuviéseis la bondad de suspender por ahora vuestra cooperacion; así os quedaria mas espacio para acopiar detenidamente vuestros datos, y yo para posesionarme de los documentos que tengo en mi poder y que veis aqui sobre mi mesa.

JER. Con qué os falta vuestra última prueba, eh? y le regulais cuando mas un mes? Pues yo, amigo, le regulo cuando menos un año. Os parece mucho? que quereis: así son nuestros abogados; demoran esos trámites cuan-

to les es posible: si en ellos consistiera, demorarían tambien una eternidad. Y a fé que les encuentro razon; porque, como sabeis, multiplicando el divisor se disminuye el cociente. Con que, segun eso, preciso es esperar el mes que poneis de plazo?

CAR. Y que la bondad de los señores Perez y Compania me lo concederán, ya que me han hecho el honor de confiar a mi limitada capacidad, un asunto, ereo, de alguna importancia.

JER. Mirad, señor Carlos: yo he sabido de causas que se han defendido y muchas de ellas ganadas, por jóvenes, así, bachilleres como vos, haciendo firmar sus escritos en caso necesario, por algunos de esos... abogadillos... sin leyes, como suele decirse, pagándoles por supuesto, el honorario de la suscripcion. Yo conozco a uno que vende su firma a cuatro pesos; con que, en caso que no os recibais para el término que habeis fijado, bien podemos entrar en trato con mi comerciante de firmas.

CAR. Está bien, señor; sin embargo que para esa época ya estaré legalmente autorizado.

JER. Ojalá que así suceda. Y vuestro padre? perdonad mi olvido por no habéroslo preguntado antes; cómo se siente? le ha vuelto a repetir el ataque que hace pocos días tanto os alarmó?

CAR. Gracias al cielo, señor, no ha vuelto a sufrir mas desde ese entonces acá: el facultativo que le asistió le ha impuesto un régimen demasiado estricto y, mediante a él, goza de una regular salud.

JER. Deciais que los documentos estaban encima de esta mesa? (*Se pára a tomarlos. Carlos se los pasa.*) Y todavia no les habeis dado ninguna vista?

CAR. Esta mañana solamente me los ha entregado mi señor padre.

JER. (*Dejando los papeles.*) Apropósito, señor Carlos, sabeis que le debeis mucho a vuestro padre? No he conocido otro que se ocupe tanto del porvenir de su hijo, que él del vuestro. No quiere estar mas que con vos; to-

dos sus pensamientos son para su hijo. Hablando el otro día de la posibilidad que habia en que os casaseis... (*Carlos se commueve.*) Sí, porque aunque sois jóven debéis hacerlo: el hombre debe casarse a vuestra edad, segun mi opinion; le oi decir que le seria muí amargo, el ver que amáseis a otra persona mas que a él.

CAR. Sí, me ama demasiado... Con qué, quedamos convenidos: dentro de un mes podremos dar principio a nuestros trabajos.

JER. Ah, sois demasiado impaciente, querido. (*Toma su sombrero.*) Pues, seais o no abogado, el pleito se principia dentro de un mes, no es así?

CAR. Exactamente, señor.

JER. Voi con vuestro permiso; y que siga la mejoría de vuestro padre.

CAR. Gracias, señor, muchas gracias. (*Acompañándole hasta la puerta. Se vuelve ajitado.*) Ah! este hombre no ha podido comprender el mal que me ha causado!... Será verdad, padre mio?... oh! no conoceis el corazon de vuestro hijo!...

ESCENA VI.

CARLOS, FEDERICO, *después* DON GUILLERMO.

FED. Estás fatigado, Carlos: te ha inquietado, pues, la entrevista con ese hombre?

CAR. No... nada... Mira Federico: es preciso que mi padre ignore absolutamente la resolucion de su hijo: que no sepa que ama a esa jóven; y si alguna vez te interroga sobre mi, contéstale que nada sabes: que su abatimiento, su desesperacion, son causas de la edad... que el tiempo lo disipará todo. Mientras tanto, yo iré preparando su corazon; le haré ver cuán feliz seria su hijo unido eternamente a aquella a quien tanto ama. (*Aparece al foro don Guillermo.*)

FED. Es decir que persistes siempre en tu idea? siempre quieres casarte?

GUILL. Qué dice?

CAR. Siempre! pues que ella es mi única felicidad, sea alguna vez feliz en la tierra!

GUILL. (*Del mismo puesto.*) Vê, pues, si esa es tu voluntad, vé a desposarte de una vez!

CAR. ¡Padre mio!

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Adela: puerta al foro y laterales. Mesas al fondo con ramilletes de flores. Un tocador a la izquierda con algunos adornos. Una mesa en medio con recado de escribir Un sofá, etc.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, *sentada en el sofá, y* MARÍA *acomodando las flores en la mesa.*

ADE. Bien, Maria, deja ya esas flores; las vas a marchitar. Maria, he creido oír pasos; asómate a esa puer-

ta. Si viene alguien, avisa. (*Hojea un libro que tendrá en las manos.*)

MAR. (*Después de haberse asomado al foro.*) Nadie, señorita, absolutamente nadie. Os habeis engañado sin duda.

ADE. Talvez. (*Cierra el libro y lo deja en el sofá.*) Pásame un libro de la mesa... ese... Bien; déjame sola. (*Vase*

Maria.) Ya tarda Carlos, pobre jóven! deseo mucho verle: temo que vaya a enfriarse su pasion y queden destruidas mis esperanzas. Pero no, no se entibiará: me ama tanto, su corazon es tan mio, que a una sola palabra de mis lábios lo arrojaria a mis pies hecho pedazos!... (*Sonrie.*) Al menos, estas son sus mismas palabras y debo creerlas. Desea unir su suerte a la mia; tanto mejor; tendré libertad, sí, independenciam! El corazon de una mujer debe tenerla... Cómo nos cuesta para finjir timidez! para languidecer nuestras miradas! para esforzar una sonrisa cándida, cuando talvez el corazon desprecia! Oh! es arte difícil el de una soltera: y luego se nos llama coquetas, y nuestro mayor orgullo es recibir esa palabra con enojos, cuando interiormente sentimos un placer, si, un verdadero placer. Despues de todo, una mujer fria cansa, como un hombre positivo fastidia. Ni quien podria jamas amoldarse a una conversacion monótona, desabrida... qué sé yo?... La fantasia de la mujer es rica en imágenes; pero imágenes elocuentes, seductoras, terribles, que saben buscar a su adversario para batirlo a su antojo. Por ejemplo: una mirada, una sonrisa y un suspiro, y victoria al momento. (*Aparece la criada.*)

MAR. Señorita, el señor Carlos está en aguardo ahí fuera, y pregunta si puede pasar.

ADE. Carlos!... ah!... espera (*Va al tocador y empieza a acomodarse sus rizos.*) Ven, Maria; esta flor creo que no está bien acomodada... así... eso es. Y viene solo?

MAR. Sí, señorita

ADE. Bien; dile que entre. (*Abre el libro y se sienta graciosamente haciendo que lee.*)

ESCENA II.

CARLOS, ADELA.

CAR. (*Al foro.*) Allí está!... oh! mas bella que nunca, y sin embargo, mi

alma vacila entre el temor y la esperanza!... (*Avanzando.*) Adela...

ADE. Carlos! ah! creí que me ibas a engañar.

CAR. Yo?... y lo pudiste pensar, querida Adela?

ADE. Mira: en este momento me desconsolaba con Byron: su desgarradora filosofia deslumbra la mente de la mujer, pero oprime su corazon: desgasta los resortes del alma, y hace ver que la ilusion mas encantadora, la esperanza mas querida, no son las mas veces para el amante, sino la copa dorada donde se apuran el desengaño y el tormento.

CAR. Y no juzgas, Adela, que es eso una triste verdad?

ADE. Talvez... pero por qué te entristeces?... creó que no tiene ninguna aplicacion...

CAR. Sí, dices bien; ni quién a tu lado podria estar triste?... Sin embargo, Adela, todos estos dias me he sentido sumamente ajitado por un delirio horrible que he tenido.

ADE. Y un delirio te ha ajitado? Vaya, eres muy sensible.

CAR. Sí, tienes razon... pero... Figúrate que era feliz; que adoraba a una mujer y que era mia; que esta mujer tambien me amaba y que tambien era feliz. En nuestra tranquila morada, nunca contábamos los dias por sus horas, si solo por sus placeres. Imagínate que esta mujer era hermosa, era encantadora. Cuando reclinada sobre mi pecho sentia palpar su seno, sentia tambien toda mi alma bañada de inefable ternura. En la tarde, cuando se despedia el sol dorando la cúpula de los árboles, nos retirábamos a un delicioso jardin que en nuestra estancia teniamos; allí, en medio del perfume de preciosas flores, en medio de sus frescas verduras, y mirando estenderse y morir en el firmamento el último rayo de un sol de oro, allí, Adela, disfrutábamos la felicidad; pero una felicidad infinita, eterna como el porvenir!

ADE. Oh! qué dulce sueño!

CAR. Pues bien, en unas de esas tar-

des vino la noche; yo me habia dormido sobre el césped; una brisa cariñosa me habia robado los sentidos... De repente, y como una inmensa roca se desprende de su altura y va a sepultarse en un profundo abismo, senti estallar junto a mí la tempestad... Abrí los ojos y no ví nada; ¡ella no estaba junto a mí!... Corro precipitado en su busca y al fin la encuentro... pero ¡ai! al estallar la tormenta habia alzado su frente impávida y el rayo la habia herido!... Sí... esa tempestad... ese rayo... oh! Adela!... esa mujer no me amaba!

ADE. Carlos!... Carlos, me vas a hacer llorar.

CAR. Ah! no! si no fué mas que un delirio... Dices bien: ¿a qué traer a la memoria recuerdos tan terribles?... no estoi a tu lado? no es verdad que tú me amas, querida Adela?

ADE. (*Acariciándole.*) Y te amaré toda mi vida. Olvidarás ese sueño, no es así?

CAR. Ah! sí; no mas me acordaré de él.

ADE. Mira; cuando estoi triste procuro traerte a la memoria, y luego me pongo alegre. No sé por qué tu recuerdo me despierta ideas tan felices!... ah!... será talvez la esperanza! No te pasa a tí lo mismo, Carlos?

CAR. Si, querida Adela. Basta solo tu memoria, basta tu figura que se presente a mi imaginacion, para que yo deseche todo pensamiento amargo, y me entregue a esos arrebatos de delirio que forman la dicha del presente, y que suelen labrar tambien la del porvenir.

ADE. Oh! y qué bello, qué tierno es dejarse adormecer en uno de esos venturosos momentos, cuando los ojos se cierran para que mire el alma, cuando los labios callan para que hable el corazon... y luego escuchar vacilante una música dulce y melodiosa, que nos eleva en éxtasis a un cielo puro de amores; y al son de esa armonia, y rodeado de un perfume embriagador, ver presentarse el rostro bello y suplicante de aquella per-

sona que es el encanto de nuestra existencia, que es nuestra existencia misma...

CAR. Sí!...

ADE. (*Tomándolo.*) Y ver sus labios entreabiertos por la sonrisa... irse llegando poco a poco, estrechar a ese ángel, sellar sus labios al concluir un juramento, y luego soñar el porvenir en medio de ese cándido placer!

CAR. Calla, Adela, por Dios!

ADE. No es verdad, Carlos, que mi sueño es mas dulce que el tuyo?

CAR. Adela; quiero que llegue ese momento, quiero que seas mia de una vez! En cada hora, en cada minuto que pasa, creo ver un obstáculo que quiere impedir nuestra felicidad; una mano atrevida que se levanta a sujetar esotra mano feliz que ha de sellar sobre nuestras cabezas el simbolo de una dicha perpetua.

ADE. Sí, yo también, Carlos, yo tambien deseo ese instante; ¿y quien no desea que llegue el dia de su ventura?

CAR. Pero la señora Teresa... ¿le habeis manifestado algo? qué te ha contestado?

ADE. Ya ella me habia hecho indicacion: espera solamente que tu...

CAR. Ahora mismo.

ADE. Espera. (*Mirando por la puerta lateral.*) Aquí viene: te dejo solo con ella: no le digas que he estado contigo. Si pregunta por mí, asegúrale que no me has visto, que esperabas a ella...

CAR. Basta: yo sé lo demas.

ADE. Volveré cuando sea tiempo. (*Sale por el foro.*)

ESCENA III.

CARLOS, TERESA.

CAR. Señora...

TER. A vuestras órdenes, caballero: creí que estábais con mi sobrina: probablemente os habrá dejado por un momento y solo...

CAR. Acabo de llegar, señora, y no

la he visto, pues vengo a buscaros a vos y no ella.

TER. Vamos: tomad asiento: ya os escucho.

CAR. Es un asunto, señora, de bastante importancia, y espero que vuestra bondad...

TER. No os entiendo, caballero.

CAR. Pues bien, señora; teneis una sobrina...

TER. ¿Y bien?

CAR. Yo la amo y soi correspondido.

TER. ¿Tan adelantados estais?

CAR. Y mas todavia, señora, pues vengo a pedir os la mano de Adela.

TER. Cómo! os quereis casar con mi sobrina?

CAR. Tengo ya su consentimiento, señora.

TER. ¿Y el de vuestro padre?

CAR. Tambien.

TER. ¿Y creis que basta solo eso? Veamos ¿y qué pensais darla en dote?

CAR. Yo, como sabeis, señora, no puedo disponer todavia de los bienes de mi padre; pero sí puedo aseguráros que nada faltará a mi mujer de lo que ella puede desear; pues la ofrezco un amor puro y un corazon honrado.

TER. Pero vuestro padre tiene una gran fortuna, y vos sois su hijo único.

CAR. Por lo mismo, que soi su hijo único y por consiguiente su solo heredero, es que no quiero en la actualidad causar la mas leve inquietud a esa persona que me dió el ser y a quien tanto amo.

TER. Señor Carlos, el primer lugar en el corazon del hombre debe ocupar lo siempre la esposa; y ya veis, esto no se hermana muy bien con vuestro modo de pensar.

CAR. Ah! señora, dejad a mi padre, dejadle en paz; que yo, nuevamente os lo prometo, haré feliz a mi mujer.

TER. Pero si teneis su consentimiento, debe haber os dado tambien alguna parte de su fortuna, para hacer la mas completa felicidad de Adela; pues de lo contrario, tendreis que esperar a ser enteramente independiente y legitimo poseedor de los bienes de vuestro

padre, para que yo os permita el casaros con mi sobrina.

CAR. Ah! señora...

TER. Porque, ya veis, ninguna mujer podria contentarse con la dote que por ahora ofrezcois: un amor puro y un corazon honrado.

GULL. (Desde el foro.) Y los bienes de su padre, señora.

TER. Don Guillermo!

CAR. Mi padre!

ESCENA VI.

DICHOS, DON GUILLERMO.

GULL. (Presentia lo que aqui pasaba.) Os será talvez extraño, señora, que sin haberme hecho anunciar ha ya osado penetrar hasta vos. Pero dispensadme: ya juzgareis si he hecho mal.

TER. Don Guillermo, sería en verdad de extrañar en otra persona que en vos el haberse introducido de este modo en mi casa; pero nuestra antigua amistad os lo permite, y a mas, llegais en un tiempo demasiado oportuno, pues en este instante se trata del porvenir de vuestro hijo.

GULL. Sí, señora, se trata de su porvenir; y he ahí precisamente por qué me he apresurado a llegar en el mas corto tiempo posible.

CAR. Señor...

TER. ¿Sabreis que vuestro hijo solicita la mano de mi sobrina?

GULL. Lo sé, señora.

TER. Luego no debe sorprenderos el que haya procedido a interrogar a vuestro hijo respecto a la fortuna con que cuenta para hacer la felicidad de aquella a quien quiere por esposa.

GULL. En verdad, señora, teneis sobrada razon: La felicidad se encuentra en el dinero: sin oro no hai posicion social. ¿No es este vuestro modo de pensar, señora? Pero una vez que mi hijo solicita la mano de vuestra sobrina, una vez que se desean ambos, ¿qué obstáculo puede impedir la realizacion de sus pensamientos? Se le exijia oro, ya le tiene: lo demas es

cuenta de ellos. Según vos, ya está todo concluido.

TER. Veo, don Guillermo, que os habeis equivocado respecto a mi modo de pensar, si creéis que solamente se limita a juzgar de las comodidades del esposo; ya antes me habia puesto al cabo de la reciprocidad de sentimientos entre vuestro hijo y mi sobrina, y creí de mi deber tomar las precauciones necesarias, a fin de mantener a Adela en la misma posicion en que hasta ahora se ha encontrado en sociedad. Y me es mui sensible que vuestro celo paternal os haya llevado hasta el estremo de avaluar mis sentimientos de una manera tan poco favorable a mi persona.

CAR. Dispensad, señora, si os habeis creído herida por las palabras de mi padre; pero no ha sido su intencion ofenderos; no, señora. Vos le conocéis, y os suplico que tengais la bondad de disimular...

GULL. ¡Pobre muchacho! desconoce absolutamente el mundo). Verdad; hice mal, señora; veo que os he ofendido y reparo mi torpeza. Espero que todo lo olvidareis. Así, tened la bondad de hacer venir a vuestra sobrina: quisiera oír de sus labios la fé que quiere jurar a mi hijo.

TER. ¡Euhorabuena. Confío en que luego se calmarán vuestras inquietudes.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS TERESA.

GULL. (Tengo un presentimiento fatal! quisiera el cielo que lo desmintiera, el porvenir!) Acércate, Carlos.

CAR. ¿Señor?

GULL. ¿Amas mucho a esa jóven?

CAR. ¡Oh! Sí, señor.

GULL. ¿Quiéres gustoso sacrificarle tu porvenir?

CAR. Quiero hacerla feliz, señor, y ser dichoso.

GULL. ¿Y estás cierto que ella te ama como tú la adoras?

CAR. Demasiado, señor.

GULL. Está bien. Y ya has profundizado la sociedad? qué te ha parecido?

CAR. En el centro de la sociedad o fuera de ella, creo seré siempre buen esposo y que nunca variarán los sentimientos de mi mujer.

GULL. La sociedad, Carlos, arrastra al principio al hombre por el placer y luego por la ambicion. La sociedad fué creada en un tiempo para reformar las costumbres; hoy día las costumbres reforman a la sociedad: es preciso, pues, no dejarse nunca llevar de su primera impresion. Escucha: vas a entrar al mundo mui jóven aun y con dificiles deberes que cumplir; vas a comenzar una vida que puede prepararte un porvenir de felicidad, o bien un porvenir de miseria: en tu mano está la eleccion. No he querido oponerme a tu pensamiento, porque creo que nace de una intima conviccion; pero si has sido seducido por alguna ilusion de jóven, si has escuchado solo a tu pasion del momento, si fascinado con la idea del placer te has dejado ciegamente arrastrar por satisfacer un miserable capricho, oh! entonces te despreciaria, pues no mereceria que yo llamase *mi hijo* a aquel que ahogando su corazon da lugar en su pecho a pasiones innobles!

CAR. Padre mio, os juro que ha nacido esto de un profundo convencimiento; y si no os lo habia dicho antes, ha sido porque temia el disgustaros, temia que fuese a causar en vos algun accidente, y aun ahora mismo, tal vez, renunciaria a todo, si es que vos tuvieseis que sufrir.

GULL. Bien veo que tus palabras son hijas de una exaltacion del momento; veo sin embargo que me amas, hijo mio. Yo solo quiero tu felicidad. Ya no soi jóven Carlos; esta enfermedad que me persigue bien pronto me hará abandonar la vida; queda tú feliz, que cuando me despida de tí para siempre echándote mi última bendiccion, ha de ser para ir a fogar allá arriba que se perpetue tu dicha. Tú no mereces ser desgraciado.

CAR. Padre mio, me haceis mucho mal con vuestras palabras; debeis abandonar esas tristes ideas que oprimen demasiado el corazon de vuestro hijo!

GUILL. Mira: tu madre al tiempo de morir te estrechó en sus brazos estando tú mui niño todavia, y ahogan do sus sollozos en tu pecho, esclamó: Hijo mio, cualquiera que sea tu por venir, piensa siempre en tu madre! mi memoria no turbará jamas tu dicha. Yo siempre estaré junto a ti; yo siempre velaré por tu felicidad. Si alguna vez te casas y eres padre, cuando estes rodeado de tus hijos, al lado de tu esposa, feliz como un ángel, ah! no te olvides de mí! consagra siquiera un recuerdo a aquella que tanto te amó!... Luego volviéndose a mí me dijo: Guillermo, dirás esto a mi hijo cuando pueda comprenderlo, y se lo repetirás cuando vaya a dar su mano de esposo a alguna mujer. Ya ves, hijo mio, mucho me cuesta cumplir con la última voluntad de tu madre.

CAR. Oh! madre mia! por qué no os conocí yo?... Me abandonasteis cuando todavia no podia amaros!

GUILL. Cálmate, Carlos.

CAR. Su última voluntad fué para mí! sus últimas lágrimas humedecieron mi rostro! su último aliento se estrelló en mi corazon!...

GUILL. ¿Quieres, Carlos, hacermé arrepentir de haber cumplido con el encargo de tu madre?... por qué desesperas no vas a ser feliz?...

CAR. Si... pero olvidais, señor, que una madre siempre es una en el mundo? Oh! por qué no me habiais dicho eso cuando niño, para haberme acostumbra do a ese recuerdo!

GUILL. Siempre he procurado lo menos posible traerlo a la memoria.

CAR. ¿Y por qué, padre mio?

GUILL. ¿Por qué?... por... nada.

CAR. Qué! señor... os seria talvez odiosa la memoria de mi madre?

GUILL. No, no... Mira, Carlos, ya luego han de venir, y seria bueno que me dejases solo con ellas. Puesto

que estás seguro del amor de tu Adela, no tienes nada que temer. Con qué, vete, hijo mio.

CAR. Ah! señor; mui cruel sois! Si ese recuerdo os despierta ideas amargas, si es una duda, un remordimiento, ah! no soi yo vuestro hijo? no tengo derecho a participar de vuestras desgracias?... Hablad, padre mio, hablad! yo os seguiré en vuestro pensamiento; yo os consolaré!... si! tengo bastantes fuerzas para ello!

GUILL. Basta, Carlos. Es un secreto que no puedo revelártelo: puede suceder que algun dia lo sepas, talvez no esté distante; pero por ahora es imposible. No insistas mas: vete....

CAR. Ah!

ESCENA VI.

DON GUILLERMO.

Temí por un momento sucumbir a mi debilidad. ¡Tan espuesto está el corazon de un padre al luchar con el ruego de su hijo! Pero no, no me atrevo a revelar le ese secreto... y sin embargo, es preciso que lo sepa: una carta precedida a mi muerte se lo dirá todo: sabrá que tiene un hermano, que ni él ni yo conocemos, que talvez ya no existe... ¡Un hermano, oh! testimonio maldito de la falta de su madre! Pero no; ella no fué criminal. Antes que a mi amó a otro, y fué engañada!... A la hora de su muerte me lo reveló en una carta todo; fué burlada sin saberlo! Pero nunca he podido dar con esa criatura. La familia, a quien la habia encargado, se ha ausentado de aquí. Solo ese jóven Federico encomendó a mi cuidado; pero él no se ha criado con ellas; pobre jóven a quien abandonaron tambien sus padres!... Vienen: son ellas.

ESCENA VII.

DON GUILLERMO, ADELA, TERESA.

TER. Dispensadme, señor don Guillermo; talvez os he hecho esperar

demasiado. Pero, en estos casos, las niñas son escrupulosas, y...

GUILL. No os inquieteis por eso...

(*Entra Adela.*) Señorita...

ADE. Caballero...

TER. ¿Y vuestro hijo? se ha marchado?

GUILL. Disimulad, señora: yo se lo ordené. Creo que su presencia no hace falta... ¿Con que esta señorita es vuestra prometida esposa de mi hijo? Por cierto de que es acreedora a una brillante suerte.

ADE. Señor...

GUILL. Perdonadme el que haya deseado veros, señorita. Mi calidad de padre me ha impelido a ello. Siempre ansiamos de antemano saborear el golpe de la fortuna. Con que, ¿deseais casaros con mi hijo?

ADE. Yo...

TER. A qué esa turbación? vamos; responde...

GUILL. (Oh! cuánto hubiera dado porque ese yo hubiera sido una negación!)

ADE. Si, señor; quiero ser su esposa.

TER. Lo ois, don Guillermo?

GUILL. Demasiado bien, señora, y ya comprendo la felicidad de mi hijo.

ADE. Ah! señor, y yo comprendo la mía.

GUILL. Y debéis comprenderla, señorita; porque él os ama, como jamás ha amado joven alguno. Estad segura de ello.

ADE. Oh! sí... yo también...

TER. Vamos, don Guillermo, dejémos a Adela, está turbada: si gustais, podemos ir a dar un paseo por el jardín.

GUILL. Con mucho gusto, señora. (*A Adela.*) Señorita, con vuestro permiso. Sois demasiado hermosa para que no dejeis de hacer la felicidad de aquel que tiene la dicha de amaros. (*Da el brazo a Teresa y salen por el foro.*)

ESCENA VIII.

ADELA, luego MARÍA Y GUILLERMO.

ADE. No sé por qué no he podido

ver jamás a este hombre: sentía repugnancia al notar que me observaba. Y sin embargo, mi matrimonio es preciso. Oh! mucho aburre el estar soltera! Estoy desesperada!... (*Entra María por la puerla lateral.*)

MAR. Señorita, no he querido entrar denantes con esta carta para vos; temi el que fuera a pediros la vuestra tía.

ADE. Hiciste bien (*Toma la carta.*) Vete. (*Sa'e María.*)

Ah! es de él!... Leamos. «Querida Adela: acabo de saber en este instante que ya está preparado vuestro casamiento con el derretido Carlos: no os vayáis a olvidar de mí. Por mi parte, ya le he hecho cargo de los negocios de mi casa, como os dije, a fin de estar mas familiarmente a su lado, o lo que es lo mismo, al vuestro. Creo que todo va a las mil maravillas. Con que, hasta muy pronto. Vuestro.—Jerman.» Oh! qué imprudencia! ¡Enviarme con tan pocas precauciones esta carta!... Es una torpeza. (*Se sienta a la mesa y escribe. Don Guillermo, que va pasando por el foro, al verla escribir se para.*)

ADE. (*Suena la campanilla despues de cerrada la carta y aparece María.*) Manda esta carta a casa del señor Jerman Perez.

MAR. Está bien, señorita.

ADE. Pero no, condúcela tú misma y entrégasela en su propia mano. Que nunca llegue a saber Carlos que has sido conductora de esa carta.

MAR. Descuidad. (*Vase.*)

ADE. Mucho le debo a esta pobre María; es una excelente camarera. Yo sabré recompensarla cuando sea feliz. (*Vase.*)

GUILL. (*Que habrá escuchado con impaciente atencion lo que ha precedido, avanza mirando por el lado por donde ha desaparecido Adela.*) ¡Una carta para ese hombre, y que nunca llegue a saber mi hijo que ella ha escrito esa carta!...

ACTO TERCERO.

El teatro representa la habitacion de D. Guillermo. Puerta al fondo y lateral, etc.

ESCENA PRIMERA.

DON GUILLERMO.

Mucho he trabajado hoi dia; temo vaya a producirme esto alguna grave enfermedad, y sentiria morir sin dejar completamente arreglados mis asuntos. Este casamiento de mi hijo es preciso a toda costa estorbarlo. El no puede casarse con una mujer como la que ama; oh! esto seria prolongar demasiado la cadena de infortunios que circunda a la familia! (*Saca del bolsillo una carta.*) Hé aqui la carta fatal! hé aqui el documento que yo necesitaba!... Y cuánto me costó arrancárselo a esa criada! Pero al oro nadie resiste... ¡Pobre hijo mio!... ¿Por qué le engaña esa mujer? por qué pretende hacerle desgraciado? por qué se empena en mentirle un porvenir, para en seguida maldanzarle el corazon? ¡Miserable criatura! tú misma te has vendido! (*Abre la carta y se queda un momento contemplándola.*) ¡Pobre hijo mio! Es preciso, sin embargo, no manifestarle esta carta de sorpresa; conviene marchar con cautela, como ella dice. (*Suena la campanilla y aparece Lorenzo.*) Lorenzo, dí a mi hijo Carlos que lo espero. (*Vase Lorenzo.*) Mas, por dónde precipiar? cómo poderme detener sin revelárselo todo al instante?... Tiene un jenio exaltado, y... ¡la ama tanto!

ESCENA II.

DON GUILLERMO, CARLOS.

CAR. Me llamábais, padre mio?

GULL. Sí, Carlos; acércate. Pensemos seriamente en tu casamiento: este es un asunto que debe tratarse con mucha madurez.

CAR. Y bien, padre mio; creo que ya le hemos pensado lo bastante. ¿Tendreis algo nuevo que comunicarme?

GULL. Sí, Carlos, tengo algo nuevo que comunicarte; pero es preciso no precipitar los hechos: todo ha de tener su turno.

CAR. Vuestras palabras, señor, me tienen inquieto; parecen que encierran algun misterio. ¿Vais talvez a hablarme de mi madre?

GULL. No, Carlos, de ella no; pero sí tambien por ella. Dime, hijo mio, mui de veras amas a esa jóven? es un amor profundo el que la tienes?

CAR. Creo habérselo dicho ya otra vez, señor.

GULL. Sí, ciertamente! Y si alguno te dijese, supongamos, que ella no corresponde a tu amor, ¿la seguirias amando?

CAR. Despreciaria a quien me hiciese tal revelacion, pues equivaldria a afirmar que yo mismo no la amaba.

GULL. Y si de ello te rindiese alguna prueba?

CAR. ¿Qué decis, señor?

GULL. Si todo no es mas que una suposicion. ¿Qué hariais, te pregunto?

CAR. Confirmar que para todo hai miserables en el mundo, hasta para testificar tan infame calumnia.

GULL. Y si, suponiendo, que no fuese una calumnia, sino, por el contrario, una verdad probada, ¿cuál seria tu proceder?

CAR. Señor, vuestras palabras me martirizan demasiado: bien conozco a la mujer que ha de formar mi felicidad.

GULL. Pero supongamos que no la conocieses tan bien; que ella amase a otro y no a ti; que se estuviese burlando de tu amor, como quien se burla de las caricias de un niño!...

CAR. Oh! callad, padre mio!

GULL. Que se escribiese cartas con el otro; que ella le dijese que era el único a quien amaba; que tú solo le inspirabas lástima y risa! que se mofaba de tu pasion; que te quiere solamente por esposo para que sirvas de pantalla a sus amores, para acallar contigo el murmullo de la sociedad: en fin, si esa mujer, para ser la querida de otro se casase contigo...

CAR. ¡Callad, por Dios, señor! vuestras suposiciones son horribles! Te neis hoy, padre mio, unos pensamientos mui estraños!

GULL. ¡Sí, hijo mio; mui estraños! pluguiera a Dios que jamas los hubiera tenido!... Sabes Carlos que tengo presentimiento de que te engaña esa mujer?... No te inquietes, pero la primera vez que la ví, me pareció leer en su semblante, que no era a tí a quien se dirijian las miradas de su corazón, que sus sonrisas eran femenidas y perjuradas sus palabras; en fin, que te burla esa mujer!

CAR. Ah! no prosigais, señor! ella burlarse de mí! ella perjura!... Vos quereis, sin duda, estorbar la felicidad de vuestro hijo!

GULL. ¡Dices bien, hijo mio! yo quiero estorbar tu felicidad!... oh!

CAR. Padre mio! perdonad!

GULL. ¡Yo, estorbar tu felicidad,

Carlos!... yo hacerte desgraciado!... ah! (*Lo abraza.*) Mira; estas lágrimas que vierten de mis ojos ¿sabes que quemán demasiado para que no vengan del corazón? Y a mí, Carlos, me acusas de tu porvenir! cuando no pienso en otra cosa que en formar tu ventura! en verte siempre dichoso!... ah!... te perdono, hijo mio!

CAR. Ah! señor; no supe lo que os dije: me hablasteis con tanto rigor de la mujer a quien amo tanto! de aquella que debe formar el porvenir de vuestra hijo!... qué quereis!... si no estuviese cierto de su amor, de la pureza de sus sentimientos, ah! no os hubiera hablado así, padre mio!

GULL. Con que estás mui cierto de su amor? de la pureza de sus sentimientos?... y ella te lo ha jurado muchas veces, ¿no es verdad? (*Con fuerza.*) Carlos! te mando que aborrezcas a esa mujer!

CAR. Señor...

GULL. Esa mujer no puede ser jamas tu esposa; esa mujer quiere asesinarte! sí! asesinarte de dolor! mira!... (Pero no; esto seria matar a mi hijo.)

CAR. Continuad, por Dios, señor!

GULL. (*Calmado.*) Tú no debes creer a esa mujer, Carlos: suspende tu resolucion unos dias mas; yo te haré ver que ama a otro... Mira, sabes que ese Jerman Perez, que se brinda tu amigo y a quien vas a servir en su causa, sabes que ese hombre me infunde serias sospechas?... Sí, yo me prometo descubrirlo todo; espera unos dias mas, hijo mio.

CAR. Pero, señor, estais delirando... ella no puede... no... Jerman Perez... un hombre casado... ah! es imposible!

GULL. Desecha a ese hombre de tu lado, Carlos; ese hombre te traiciona.

CAR. Pero una prueba, por Dios, una prue! a!

GULL. Yo me encargo de traértela, hijo mio; yo.

CAR. Pero pronto; que sea pronto!

GULL. Sí; pero cálmate en tanto!

CAR. Ah! ella perjura!... ella!... ¡Si esto no puede ser!... Dios mio! ese hombre!... oh! ¿cuánto sufro!

GULL. ¿Con qué esperarás, no es verdad? Mañana mismo estarás desengañado y verás que tu padre solo puede querer tu felicidad... Espera, Carlos.

CAR. Si, padre mio, esperaré: vos vendreis a desengañarme. Si ella es inocente, oh! no me lo ocultareis, no es así? me lo direis al instante para ir a arrojarme a sus pies, para pedirle perdón por la duda que ha venido a atormentarme y que ha retardado nuestro pensamiento... Y si es culpable! si es verdad que ama a otro y no a mí... ah!... no me lo digais, padre mio, no me lo digais jamas!... la amo tanto que... sufriría demasiado!... Vos tambien habeis amado, señor, y me comprendéis!

GULL. Si, Carlos; pero cuando se ama a una mujer que nos traiciona, que nos miente un porvenir para darnos en su lugar un infierno de tormentos, es necesario tener valor para abandonarla, para cerrarla las puertas del corazon, para maldecirla!... Qué harías unido a una mujer que no te amase, y que amase a otro; que en cada caricia que te hiciese estuviese encerrado el veneno que habia de carcomer tus entrañas; que a su hijo, no pudieras, sin mentir, llamarle ¡hijo mio!... oh! esto mata! no solo hace sufrir!

CAR. Ah! padre mio...

GULL. Carlos, voi a trabajar sobre lo que te he prometido: ten resignacion.

ESCENA III.

CARLOS, luego FEDERICO.

CAR. ¡Por qué fui yo a amar! por qué tan jóven fui a arrojar mi corazon a los pies de una mujer! (*Federico aparece por el foro, y avanza silencioso escuchando.*) Ah! si esa mujer me engañase!... si fuese cierto lo que me mi padre me ha dicho!... ¡Un rival!... Pero ese hombre es un infame!... ¡Dios mio, no permitais que sea cierto! me hariais cometer cosas horri-

bles!... Y ella que con tanto amor me acaricia! ella tan hermosa!... ¿No es verdad, Señor, que no es culpable?

FED. La Providencia no puede descender a responderle, Carlos, pero tione sus órganos en la tierra. Ella es culpable!

CAR. Federico! me escuchabas...

FED. Si, Carlos, interrogabas a Dios, y él te manda conmigo la respuesta.

CAR. Tambien tú, Federico! también tú!

FED. ¿Y piensas, amigo, que no es igual al tuyo mi dolor? Crees que si fuese inocente te dejaría padecer?

CAR. Oh! todos la acusais; y no me dais una sola prueba siquiera.

FED. Yo he venido para eso.

CAR. Tú!... has venido a probarme que me engaña?... oh! habla, querido amigo, habla!... Pero, no, no hables Federico; la vas a calumniar!

FED. ¡A calumniar! Carlos, mañana te arrepentirás de haberme insultado!

CAR. Federico!... ¿tú sabes qué Adela no me ama? que ama a otro culpablemente y le prefiere?... Escucha: si esa mujer se estuviese burlando de mi pasion, si el volcan que ha incendiado en mi alma es el veneno con que me quiere asesinar!... te juro, Federico, oh! te juro que la mataría!

FED. Luego principiarás a sentir las convulsiones de ese veneno, y sin embargo no la matarás, porque comerías un crimen.

CAR. Amigo, tú has amado alguna vez?

FED. Si, Carlos.

CAR. Y amas todavía?

FED. No; fui engañado.

CAR. Cómo! no eras correspondido?... Luego amaste a una mujer perjura?

FED. ¿Y sabes quién era esa mujer a quien amé y que me traicionó? la mujer por quien hubiera dado con delirio mi existencia toda? Se llama... Adela Dancený.

CAR. Qué!... mi...

FED. Si, tu futura esposa! la misma que perjura y miserable destruyó a pedazos mi corazon. Yo la creí... porque era hermosa; porque suspiraba

cuando estaba a mi lado... Porque era un necio!... La abandoné y jamás le he consagrado un recuerdo sin maldecir su memoria.

CAR. Oh! Federico! no hables así... Ella no te tendría amor... tú no la amarías tanto como yo...

FED. Tienes razón; yo no la amaba como tú: mi amor era ardiente y reconcentrado: yo llevaba en mi corazón un peso horrible que me agobiaba a cada instante de mi vida! yo no tenía padre y no podía dividir ese amor con ningún otro ser!... yo era pobre y huérfano!... Ella no lo sabía, y sin embargo me traicionó! Ella tenía otro amante!...

CAR. ¡Otro amante! ella tenía otro amante, dices?

FED. Sí, y se complacía en atizar el fuego de mi amor para contemplar las cenizas de mi pasión.

CAR. Pero eso es horrible, Federico!

FED. Y sin embargo es la verdad. Yo también no quería creer; yo también decía: no, es imposible; si ella me ha jurado que me ama tanto! Pero amigo, la realidad me perseguía; yo quería cerrar mis ojos a ella, pero mis ojos se abrían solos a contemplarla!... Habiéndola una vez sorprendido en los brazos de su amante, tube forzosamente que despertar de mi sueño. Ella quiso disculparse; pero el miserable la acusaba queriendo abogar en su defensa. La hice algunas inculpaciones y fui insultado por su amante. Me retiré a casa lleno de amargura y de dolor; tomé un papel y le mandé a ese miserable en una carta desafiar: pero fué tan cobarde como traidor. Se presentó ante los tribunales formándome acusación y tuve que defenderme. Lo demás lo sabes tú, Carlos. Y bien, ese desafío, del que ansiabas tanto saber la causa, no tuvo otro origen. ¿Conoces ahora a la mujer a quien amas?

CAR. Federico... déjame solo! necesito estar solo!

FED. Tú no has de ser menos fuerte que yo, Carlos; yo sé que podrás olvi-

darla. Una mujer tan culpable, no merece tu llanto, amigo mío.

CAR. Si... ya no la... oh! (*Cae en una silla.*) Déjame solo!

FED. Te dejas, ya que lo quieres; pero pronto estaré a tu lado para no verte sino tranquilo.

ESCENA IV.

CARLOS, luego LORENZO.

CAR. ¡Qué es esto que pasa por mí, Dios mío!... Ayer no más embriagado por el más venturoso porvenir, y hoy marchitadas en flor mis esperanzas!... Cómo es posible que ella me traicionó!... Pero mi padre me lo ha dicho... ¿por qué él había de querer hacerme desgraciado!... No... tal vez le habrán mentado... Y Federico... él también me querrá engañar!... Oh! ella fué su querida!... y le traicionó!... ella tenía otro amante!... Y si habla de despecho?... Pero ese hombre!... quien sabe!... Oh! delirio horrible! para un instante el curso a tu amargura! yo haré que mi corazón te pueda resistir! (*Aparece Lorenzo.*)

LOR. Buscan al señor Guillermo.

CAR. ¿Quién? (*Volviéndose.*) Qué persona es quien le busca?

LOR. Dos señoras a quienes acompaña el señor Jerman Perez.

CAR. Dos señoras! Jerman Perez!... oh!... Diles que entren. (*Vase por la puerta lateral.*)

ESCENA V.

TERESA, ADELA, JERMAN, luego DON GUILLERMO. LORENZO, *de cuando en cuando, se dejará ver por el foro observando a Jerman.*

JER. Parece que la gente está muy preocupada en esta casa.

TER. Qué quereis; es muy natural; don Guillermo es un hombre que entretiene siempre su tiempo, y mucho más en las actuales circunstancias.

ADE. Querida tía; no sé por qué me parece que hemos sido importunas;

nuestra visita va quizás a molestar.

JER. No os inquieteis por eso, señorita Adela; estoi seguro que tendrán mucho placer en recibirnos. No se mira así no mas la visita de una novia.

TER. Pero qué será de Carlos? no ha ido ayer en todo el día a casa, y lo he estranado, en verdad.

JER. Talvez sus ocupaciones... oh! es un jóven mui ocupado!... (A Adela.) Y un magnifico mozuelo, no es verdad? (Mirando por la puerta lateral.) Pero, mirad, aquí teneis ya a don Guillermo: trae un aire taciturno... parece distraido... Estará probablemente preocupado con el porvenir de su querido hijo: y a fé que no le encuentro razon: yo en su lugar estaria hecho una pascua.

GULL. Os pido mil perdones, señoras, por haberos hecho demorar un tanto... (A Jerman.) Caballero, a vuestras órdenes. (oh! este hombre!..)

TER. No teneis que dar satisfaccion, señor don Guillermo. Y vuestra salud, está buena?

GULL. Así, así no mas: no sanaré ya, creo: mi enfermedad se ha hecho crónica, señora. (A Adela que estará conversando con Jerman.) Pero vos, señorita; dispensadme que os interrumpa en vuestra conversacion; no habeis preguntado por Carlos, por vuestro futuro esposo?

ADE. Es verdad, señor; pero estabais conversando con mi tia, y no he querido interrumpiros...

GULL. Oh! él suena con vos; y qué sueños! Se figura ser ya el hombre mas feliz del universo: toda su dicha se cifra en tener una mujer jóven y hermosa, y de cuya fidelidad no se tenga que dudar jamas. Esto es lo que, segun él, debe anhelar todo hombre en la tierra. No sois de su misma opinion, señor Jerman?

JER. Por supuesto, de su mismísima opinion: agregando que no estaria de mas alguna fortuna, para pasar la vida mas confortablemente.

GULL. Vos, segun eso, debeis pasarlo sumamente contento: porque, a aquella dicha, y a vuestra vida es-

trictamente arreglada, agregais, creo, un patrimonio demasiado considerable, no es así?

JER. Oh! señor; veo que estais un tanto equivocado.

GULL. Un tanto, eh? pues yo creo que es demi mismo parecer la señorita Adela: no es verdad, señorita?

ADE. Ignoro cuántas sean las rentas del señor Jerman y cuál su método de vida; de manera, señor, que no puedo satisfacer vuestra pregunta.

GULL. Ah, ah... ah...

JER. (Este hombre es un demonio.)

TER. Señor don Guillermo, me han dicho que teneis un magnifico jardin: no me llameis curiosa, pero tengo muchos deseos de verlo. Soi sumamente aficionada a las flores.

GULL. Aficion inocente, señora. Como gusteis: no creo tiene mayor mérito: vos lo vereis. Y la señorita Adela, si es igualmente apasionada a las flores, puede acompañarnos. Nada tengo que decir al señor Jerman: sé que es un escelenté botánico, y tiene tambien la inocente pasion de las flores.

JER. Señor...

GULL. (Dando el brazo a Teresa.) Vamos al jardin.

ADE. (Tomando el brazo de Jerman.) Os aseguro, Jerman, que estoi mui violenta en esta casa.

JER. Tened un poco de paciencia; a mi tambien me fastidia demasiado la vista de este hombre impertinente.

ESCENA VI.

CARLOS, entra por la puerta lateral y marcha al foro a observar a los que salen.

¡Siempre bella y cada vez mas que nunca! (Se vuelve.) Pero esa mujer, si fuese culpable, no tendria remordimientos? No tiene esa mujer una alma que pueda abatirse alguna vez? Cómo su rostro se conserva siempre sereno? No, talvez me engañan!... Talvez Federico quiere vengarse de ella y se burla de mi dolor! ella talvez lo des-

preció!... Oh! Adela, te amo demasiado!... Pero ese hombre que siempre está a su lado! ese hombre a quien acusa mi padre con tanta convicción y que ahora la acompaña! (*Se acerca al foro.*) Oh! Dios mío! le coloca una flor en el seno! le ha tomado la mano!... y ella ha consentido!... maldición!... Oh! es preciso que yo mate a ese hombre!...

ESCENA VII.

CARLOS, FEDERICO.

FED. Carlos, te buscaba, amigo, para estar a tu lado, porque ya llegó el momento que descubras la verdad.

CAR. Oh!... sí... Mira: si viene ese Jerman Perez a buscarme, necesito que me dejes solo con él; por algunos minutos, nada mas.

FED. Qué, has observado algo, Carlos? No sé a qué venga el encargo que me haces.

CAR. No... es un asunto que solo concierne a ambos: necesito verle.

FED. Está bien, amigo. Voi a hacerle a mi vez tambien mi encargo. La señorita Adela, como tú sabes, es mui aficionada a los versos: si ella viene a buscarte primero, como es mas probable, (*Saca del bolsillo un papel.*) verás modo de hacer que lea esta composicion diciéndole que es mia, y que haga memoria sobre ella. Te recomiendo que la observes cuando vaya pasando la vista por sus renglones.

CAR. Pero, qué significa esto?

FED. Uno de sus remordimientos! Voi entre tanto a unirme a tu padre que debe estar mui embarazoso con las visitas.

ESCENA VIII.

CARLOS, ADELA. *Carlos desdobra el papel y lee en silencio lo que contiene. Oye ruido y se vuelve.*

CAR. Ah!... es ella!

ADE. Mucho me afanaba por encon-

trarte, querido Carlos; pero tú te andas escondiendo de tu Adela. Ah! estoi de veras enojada.

CAR. Es posible? ya yo sabia que me buscabas; por eso vine a esperarte en esta habitacion.

ADE. Te estraño, Carlos: tus palabras son forzadas... ¿qué tienes, querido mío?

CAR. Yo?... nada... ya lo ves... estoi mui contento... en este instante pensaba en tí ¿no ves? (*Mostrándole el papel.*) Lea unos versos que en otro tiempo te dedico uno de mis mejores amigos: aquí está su nombre. (*Presentándole el papel.*)

ADE. (¡Federico!) A ver.

CAR. Sí, tómalos, léemelos tú... me gusta tanto oírte leer versos.

ADE. No recuerdo... (*Tomando el papel.*)

CAR. (¡Se ha conmovido!...) Pero leelos; ya ves; se titulan: *un recuerdo*... ellos te han de despertar la memoria.

ADE. Está bien, despues los leeré; ahora solo quiero hablar contigo. Te ando buscando y prefieres que me ocupe de otra cosa que de tí. Vamos, déjate ahora de versos.

CAR. Oh! quiero que me hagas ese favor. Vamos, léelos; yo lo quiero, Adela.

ADE. Si tú lo quieres...

CAR. Sí.

ADE. Bien. (Oh! cómo ocultar mi turbacion.) (*Lee.*)

No sé si alguna vez en tus recuerdos Un nombre ha sorprendido tu memoria, No sé si al sorprenderla, alguna historia Tu mente quiso recordar tambien. No sé si enbebecida en tu silencio Negras sombras cruzaron por tu frente, No sé si al repasarlas en tu mente Alguna te hizo palpar tu sien.

Ah! sí, creo que lei en otro tiempo estos versos; me agradaron... pero... son tan largos... Mira, ya luego se ha de ir mi tia, y todavia no me has dicho una sola palabra de nuestro amor.

CAR. Sí... de nuestro amor, eh? (oh! cómo se ha turbado, Dios mío!...)

ADE. Que ya no me amas, Carlos? Mira. (*Le lleva la mano al corazon.*) ¿Escuchas como palpita mi corazon? Pues bien, estos latidos ha largo tiempo que no hacen mas que murmurar tu nombre. Tú tambien me amas mucho, no es cierto?

CAR. (¡Cómo es posible que pueda finjir tanto!)

ADE. Vamos, qué tienes? tú me ocultas algo, amado mio.

CAR. Oh! Adela!... (¡Si todo fuese mentira!)

TER. Y bien, ¿ahora te esquivas de hacerme una caricia, y otras veces no cesabas de banarme en tus suspiros?... Ah! voi a creer que eres un ingrato!

CAR. (¡Mi cabeza se pierde!)... Adela? no adivinas lo que pasa por mí?

ADE. ¿Qué me quieres decir, Carlos?

CAR. (¡Padre mio! perdonad a vuestro hijo!)

ADE. Ah! Carlos! ya tú no me amas! Sí, tú dudas algo... te habrán dicho, quizá, que te retractes, que me abandones!... y pobre de mí entonces... mas bien que dejara de existir!

CAR. (Oh! ya no puedo ocultar mas!) Es verdad, Adela, me han dicho que me traicionas; que tú amas a otro y no a mí; que te burlas de mi amor!... que lo único que te inspiró es desprecio!... Sí, todo eso me han dicho!

ADE. (¡Soi perdida!) No! tú me engañas, Carlos; es imposible que te hayan dicho cosas tan horribles!

CAR. Sí, todos se empeñan en acusarte, todos quieren destruir nuestras esperanzas!... He ahí por qué te he dado a leer esos versos que me decian despertarian uno de tus remordimientos.

ADE. Ah! comprendo! El despecho de un hombre desairado por mí, aun me persigue en tu amor! Ese hombre me ha calumniado, Carlos! ya en otra vez tambien lo ha hecho. No lo creais!

CAR. Pero ese hombre que te acompaña siempre! que yo mismo le he visto hace un instante colocar en tu seno una flor...

ADE. (¡Cielos!)

CAR. Que le he visto apretar tu mano!... Ese hombre, Adela!.. oh! ese hombre es mi rival!...

ADE. Carlos, yo no debiera perdonarte jamas semejante injuria. Si ese hombre ha colocado una flor en mi vestido, ha sido porque se lo supliqué, no pudiendo hacerlo yo a causa de tener mis dos manos ocupadas. Si ese hombre ha tomado mi mano, ha sido a reconocer una flor que yo le mostraba... Y yo deberia ahora despreciarte, puesto que te has atrevido a suyoner en mi tan infames sentimientos!

CAR. Ah!

ADE. Sí, deberia abandonarte y no volverte a ver jamas... ah!... deberia ir a derramar mi llanto lejos de tí y del mundo! Quiero que mis lágrimas quemem mis mejillas ausente de tí, que no que destrocen mi corazon en tu presencia!... Tú no me comprendes, Carlos! Olvida, pues, a tu Adela! no pienses nunca en ella, si has de creer a los que se empeñan en robarnos nuestro porvenir!

CAR. Adela! querida Adela! olvida todo lo que te he dicho!... Fui mui débil, te lo confieso!... Yo no debi creer lo que me decian... ¡pero si me lo juraban!... Mas ya te pido perdon... sí, mirame a tus pies... Ahora mismo serás mia!

ADE. No, Carlos; despues de lo que ha pasado, no puedo permanecer un instante mas en tu casa. Tu padre me aborrece, bien lo conozco. Quiere estorvar a toda costa nuestra union... Si quieres que yo sea tuya, es preciso que huyamos de aquí, que nos vayamos a otra parte, y allá nos uniremos para siempre.

CAR. Que huyamos!... que deje a mi padre!... Ah!... yo le convenceré, yo le haré ver que está engañado, y que es preciso que nos eche tambien su bendicion!... Pero huir de su lado!... ah! no, jamas!

ADE. Pues entonces, no seré nunca tuya!

CAR. Oh! Adela!... exige de mí lo que quieras! manda que destroce mi

vida con el tormento! que viva siempre tu esclavo!... pero no exijas que deje a mi padre! a mi pobre padre que solo le resta el último paso en la escala de la vida!... Oh! si le amo tanto como a ti!

ADE. Yo... yo no exijo nada... Ya veo que no puedo ser tuya. Déjame, Carlos, déjame que vaya a sufrir en silencio. Pues que no puedo ser tuya, el vivir me es insoportable, ¡la muerte será tan solo lo que ya yo deba amar en la vida!

CAR. Oh! basta, Adela... marcháremos!

ADE. Ah! Carlos!... ahora veo que

tú me amas como yo! Pero márchate tú solo a casa; luego iré yo y te diré a dónde debemos de alejarnos... Entretanto voi a reunirme a los demás... Pero márchate de una vez.

CAR. (Oh!... perdonad, padre mio!)
(Desaparece.)

ADE. Triunfé al fin!

ESCENA IX.

ADELA, JERMAN. *Este entra con sigilo.*

JER. Con que, se marchó, eh?

ADE. (Poniendole la mano en la boca.)
Chit!...

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

ACTO CUARTO.

Habitacion de Carlos. Puerta al fondo y ventana, desde las cuales se divisa el mar. Otra puerta a la izquierda del actor. Una mesa con recado de escribir, etc.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, JERMAN. *Aquella aparece sentada a la mesa, escribiendo: antes que concluye entra Jerman.*

ADE. Ah! Jerman! os estaba escribiendo: tenia necesidad de hablar con vos. (Rompe lo que llevaba escrito.)

JER. Aquí me teneis, querida Adela. Ha ocurrido algo de nuevo? El enamorado de Carlos os está ya dando que hacer? A mí, a pesar de vuestras súplicas, me ha mandado a pasear con mi pleito. No debeis, pues, hacerle caso.

ADE. Mirad, Jerman; sabed que tengo temores que sepa algo.

JER. Qué locura!... y cómo habia de saber?...

ADE. La carta...

JER. Oh! no os ha dicho la criada que se le perdió en vuestra misma

casa? Despues que la escribisteis, me habeis asegurado que no volvieron a entrar en ella ni don Guillermo ni su hijo... Ya habrá, pues, desaparecido. Desechad vuestros temores, querida Adela, y preparémonos para dar un espléndido baile el lunes inmediato.

ADE. No, yo estoi a pesar mio, mui inquieta; he estrañado a Carlos... su aire taciturno, reflexivo... no habla sino de su padre, y me mira con desconfianza. Esta mañana me he acercado a hablarle, y conocia bien lo que se esforzaba... Yo no sé, Jerman, pero Carlos malicia algo.

JER. ¿Y quién se lo habia de haber dicho?... Y despues, Adela, si algo supiese, no nos costaria nada el deshacernos de él.

ADE. Y de qué modo?

JER. Del mas sencillo del mundo: embarcándonos para otros paises. ¡Qué demonios! cuando falla un proyecto,

hai cien mas con que animar la empresa. Mirad, hoi mismo, dentro de una hora no mas, sale uno de mis buques para Méjico.

ADE. ¿Y vuestra esposa?

JER. ¿Mi esposa?... ¿y vuestro marido?

ADE. Pero, y si somos descubiertos? Ah! os aseguro que me costaria la vida.

JER. Escrúpulos, ahora, Adela? Pues mi amor jamas se detuvo en probabilidades. Qué! ya no me amais como antes, querida?

ADE. No digais eso; siempre os he amado y os amo lo mismo. Está bien, partiremos hoi si es que descubro alguna otra novedad en Carlos. Ah! cuánto nos cuesta nuestro amor!

JER. Por muchos sacrificios que él nos cueste, Adela, creis que no seremos alguna vez recompensados? Allá, en otros paises, libres del murmullo de la sociedad, ajenos a las inquietudes que ahora experimentamos, viviendo el uno exclusivamente para el otro; allá será únicamente donde vayamos a probar esa felicidad tan ingrata, tan egoista. Si, solo lejos de aquí podremos ser dichosos.

ADE. Bien; nos marcharemos en caso que sea necesario. Lo que ahora conviene es interceptar toda correspondencia de Carlos. Yo acabo de escribir a mi tia, diciéndola que no tenga cuidado por mí, que el paso que he dado lo creo absolutamente necesario para su porvenir y el mio. Si partimos, la escribiré otra carta dejándola al cargo de mis bienes y que disponga mientras tanto de ellos.

JER. Oh! esto segurísimo que vuestra tia va a tener una fiebre de placer. Ya yo habia hecho mi arreglo con ella. No hai criatura mas escelente ni mas dócil que vuestra tia. Oh! la quie-ro demasiado.

ADE. Creo que viene Carlos; idos de una vez: que no os vea por casualidad conmigo.

JER. Sí, me marchó: me seria, os lo prometo, mui desagradable su presencia. Os encargo que cuando esteis

a solas, le toqueis en el piano la marcha del Belisano... lo sabeis, es fanático por esa música. Con qué, hasta luego. (*Durante esta escena se habrá visto a Lorenzo varias veces cruzar por la puerta del foro.*)

ESCENA II.

ADELA, *despues* CARLOS.

ADE. Si llega Carlos a descubrir algo, será preciso abandonarle; de lo contrario, su jenio es exaltado y debo temer... (*Aparece Carlos por la puerta lateral.*) Aquí está... cada vez mas pálido... Carlos, por qué estás tan pensativo?

CAR. Señora, crei estabais en vuestro cuarto. Tened la bondad de dejarme solo. No os inquieteis por mí, senora, no tengo nada.

ADE. (¡Ya no me tutea!) Pero estás tan pálido...

CAR. Esta palidez, senora, no debe causar estraneza, pues vos sabeis que no se ha separado de mi desde que abandoné a mi padre.

ADE. ¿Luego estás arrepentido?

CAR. Dejadme solo: os lo suplico, senora.

ADE. (Oh! yo sabré qué es lo que lo tiene así.)

ESCENA III.

CARLOS.

Hace ocho dias que no tengo un instante de reposo!... Ahora empiezo a conocer que no era mi pobre padre quien me engañaba, que era yo mismo!... ¡Desgraciado! yo no debí amar jamas!... Pero no puedo creerlo!... esa criada, a quien ofreci oro, habrá sido arrastrada por la ambicion y la ha acusado inocente!... Yo no debo creerla!... Pero mi amor se debilita! la memoria de mi padre me persigue como un remordimiento!... Si estuviera al menos conmigo Federico... él haria menos amarga mi situacion. Mas, seria imposible; él no podria es-

tar al lado de mi mujer!... Oh! Dios mio! cuánto sufro!

ESCENA IV.

CARLOS, FEDERICO, Y ADELA, *entre bastidores.*

FED. Allí está! oh!... Carlos! querido amigo!

CAR. Federico! Ah!... (*Lo abraza.*) amigo mio! .. Y... mi padre, Federico?

FED. (¡Qué turbado está!) Tu padre pregunta por ti. Hace ocho días que te buscamos sin poder saber dónde encontrarte: por último, supimós por la misma familia de esa criatura fatal, que te hallabas en este puerto... Y bien, Carlos, te has venido siguiendo a esa mujer?

CAR. Federico, esa mujer es mi esposa.

FED. Tu esposa! ah! que lo ignore al menos tu padre!

CAR. Mucho la sufrido, ¿no es verdad? Muchas lágrimas ha derramado!... y yo soi la causa!... Padre mio!

FED. El no te acusa, amigo mio; bien sabe que has sido seducido: que tú no eras capaz de abandonarle, así enfermo!... no, a ti no te acusa...

CAR. A ella? no es eso? ¡Querido amigo! he sido un insensato!

FED. Carlos, aunque esa mujer sea tu esposa, aunque los lazos que te unen a ella sean indisolubles, no dejaré yo de repetirte: esa mujer es perjura!

ADE. (*Escuchando por la puerta lateral.*) Federico! ah! soi perdida!

CAR. Calla! no me atormentes así!... Oh! supieras cuánto he padecido! A los tres días de casados me entró una desesperacion horrible! A cada instante me parecia ver lo que mi padre me habia dicho... me parecia ver a mi mujer en brazos de ese hombre! que se burlaban, que se mofaban de mí! Las mismas instancias de Adela para que ese hombre entrase en mi casa, me parecian la prueba mas convincente... Yo no la decia nada porque tenia... miedo!... sí, miedo de perder

su amor!... Poco a poco el recuerdo de mi padre iba calcinando mis sienes!... En fin, llamo un día a su criada y la prometí darla dinero si me referia la vida de su señora antes de ser mi esposa... y... me lo ha dicho todo, Federico! ¡Me ha dicho, que no era a mí a quien amaba! que era al otro!... Ah!

ADE. (Cielos!... Es preciso marcharse...) (*Desaparece.*)

FED. ¡Mujer infame!

CAR. Quise al principio matarla, y luego ir a buscar a ese miserable!... pero pensé que la criada talvez mentia, que la ambicion la habia hecho hablar así. Ayer no mas, Federico, he sabido todo esto, y hoi, ya no es amor lo que siento... es desesperacion!

FED. No has hecho mas que descubrir la verdad, amigo mio. Tu padre viene en camino tambien, pero como desconfiaba llegar pronto a causa de su enfermedad, me ha entregado para tí esta carta, (*La saca del bolsillo.*) a la que acompaña un documento demasiado importante, segun él. Ten resignacion, Carlos; una vez que la mano del destino ha descargado sobre tí su golpe fatal, no hai mas que bendecir la Providencia, y esperar.

CAR. Pero... si no puedo!... mi alma es débil!... Federico. (*Lo abraza.*) Déjame enjugar las lágrimas!... siento que me ahogan el corazon!... ah!... Dame esa carta. (*La toma.*) Sí... es de él. ¡No puedo abrirla! mi mano tiembla! oh! Dios mio; dadme valor! (*Abre la carta y lee.*) «Hijo mio: deseo que esta carta no llegue a tus manos cuando sea ya tarde, por eso me apresuro a remitirtela con Federico. Parto inmediatamente para allá, pero tardaré en llegar porque mi enfermedad me agobia mucho.. Tú no eres culpable, Carlos; yo te disculpo y te perdono. Talvez todavia es tiempo que vuelvas de tu delirio: instrúyete bien del documento que te acompaño. Hijo mio! yo siempre te bendigo!» Oh! y yo le fui a abandonar!

FED. Veamos, Carlos, lee ese otro papel.

CAR. Cielos! una carta a Jerman Perez! «Querido Jerman. Bien sabeis que a vos únicamente he amado; no teniais necesidad de recordármelo. Ese pobre Carlos, ¿sabeis que a veces me da lástima el verle a mis pies deshecho en exclamaciones amorosas, jurándome eterna fé, y enterneciéndose a cada suspiro que de mi pecho se escapaba? Pero es preciso mantenerle la esperanza y realizarla cuanto antes: de esto último se acaba de tratar. Hasta entonces no podreis ser dueño absolutamente de vuestra siempre constante. Adela.» «Conviene marchar con sijilo.» Oh! (*Caer en el asiento y deja caer la carta que toma Federico.*)

FED. ¡Criatura pérfida! Oh! cuánta traición! Pero yo castigaré a ese miserable!

CAR. (*Levantándose.*) Federico, entrégame esa carta!

FED. Qué vas a hacer?

CAR. No me detengas mas: entrégame ese papel.

FED. Pero a dónde vas, Carlos?

CAR. A devolverle esta caricia a mi mujer!

FED. No, no quiero que la asesines.

CAR. ¡Asesines! no! no es asesinar lo que yo quiero! voi a leerla su carta, y a hacer que ella misma se castigue!

FED. ¿Y qué castigo quieres que se de?

CAR. (*Quitándole la carta.*) Luego lo sabrás. (*Desaparece por la puerta lateral.*)

FED. Sí, es necesario que ella sufra algun castigo. ¡Pobre Carlos! pagar así su amor! Pero, quien sabe lo que ahora va hacer... cómo pudiera tenerlo... Se vuelve! viene precipitado!... Qué habrá sucedido?

CAR. Federico, se ha huido!... supo tu llegada y no tuvo valor para esperar! Dice la criada que hace rato se marchó. Es preciso buscarla! quiero castigar su crimen!... Y ese Jerman Perez!... es preciso al instante que yo le vea!...

FED. No, Carlos, yo quiero encargarme de él.

CAR. Ve tú en busca de mi padre!

ah! déjame aquí a mí!... Mi cabeza se desvanece!... siento dolor! aquí! (*Tomándose el corazón.*) Ah! ella debe morir!... ella perjural!... Oh! quiero encontrar a ese hombre!

FED. Yo le encontraré! yo sabré castigar su infamia! y tú, deja a esa miserable mujer envuelta en sus remordimientos! abandónala, y que manchada su frente por la ignominia, befaña y despreciada por todo el mundo, vaya arrastrando una existencia amarga y desesperante, hasta que llegue a la última espina que le ha de clavar el corazón!

CAR. No! no es posible que ella se burle así, causando la desgracia de mi padre y la mía! Oh! la mía podría perdonársela, pero no! jamás la mi padre!

GUILL. (*Apareciédodo en el foro con traje de camino y afirmado en un baston.*) Bien! hijo mio! bien!

CAR. Ah! padre mio! (*Se precipita en sus brazos.*)

FED. ¡Don Guillermo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DON GUILLERMO, y *despues*
LORENZO.

GUILL. Carlos! hijo mio! El cielo ha sido justo conmigo; ha permitido que no muera sin darte mi último abrazo!

CAR. Ah! padre mio! perdonadme! he sido muy cruel! os he despreciado!.. pero ya os vuelvo a encontrar y velaré siempre a vuestro lado!

GUILL. ¿Y ya estás desengañado?

CAR. Oh!

GUILL. Vamos. Carlos, respóndeme: ¿por qué ese silencio? Federico, tambien callais vos?

FED. Señor...

GUILL. Cómo! No le habeis entregado mi carta? Qué es lo que sucede, pues? Hablares!

CAR. ¡Ya era tarde, padre mio!

GUILL. Ya era tarde? Cómo ya era tarde?

CAR. Sí, padre mio! ya estaba casado!

GULL. Carlos! oh! te has perdido, hijo mío!

CAR. Pero ella ha huido de mi lado, señor, porque he descubierto su infamia!

GULL. Ella ha huido? y a dónde? Con él, no es verdad? Sí, debe ser así. Despréciala, pues.

CAR. No, quiero castigarla! quiero vengaros a vos, padre mío!

GULL. A mí... nó! Deja a esa criatura; no penseis mas en ella. Pero al otro! Carlos, a ese infame! es preciso que le persigas, que le descubras!... A ese sí, a ese te mando que le castigues! Oh! tú lo harás, hijo mío! mi sangre es la que corre por tus venas! Es preciso lavar la mancha!

CAR. Sí!

FED. Yo he prometido encargarme de él, señor; dejadlo todo a mi cuidado.

GULL. Bien, Federico! gracias!... Oh! mucho me hace sufrir mi enfermedad!

CAR. Padre mío!

GULL. Carlos, llegó el momento en que deba descubrirte aquel secreto que tanto te inquietó. No importa que esté presente Federico: él ha participado siempre de las desgracias de mi familia, y su corazon es noble.

FED. Señor.

GULL. Tú tienes otro hermano que ni tú ni yo conocemos; otro hijo de tu misma madre! mas no por esto merece oprobio su memoria.

CAR. ¡Dios mío!

GULL. He aquí los documentos que te lo deben dar a conocer: tómalos, léelos; es la misma letra de tu madre. *(Le da unos pliegos.)*

CAR. Oh! madre mia! siempre me será sagrada tu memoria. *(Lee.)* «Protesto, que a pesar de mi falta, no he dejado de ser inocente. Antes de ser esposa de Guillermo fui madre, pero no era culpable; fui engañada y seducida. Mi hijo lo he ocultado siempre a mi marido; mas ahora próxima a morir, quiero que lo sepa todo, para que si llega a encontrarle tenga piedad de él y le dé una parte de mis bienes que legítimamente le pertene-

ce. El debe conservar un anillo con las cifras de mi nombre, que yo le he atado al cuello.»

FED. ¡Dios santo!

GULL. *(Se ha conmovido Federico?)*

CAR. *(Continuando.)* «Le he entregado en casa de mi familia. Tiene un lunar grande en el brazo izquierdo, y se llama Eduardo Waster. Su padre fué muerto por mi hermano.»

FED. Carlos! repítelo otra vez!... *(Saca de su pecho el anillo y se alza la manga del brazo izquierdo.)* Tiene un anillo con la cifra de su madre! un lunar en el brazo izquierdo! se llama Eduardo Walter!... Ese es mi nombre! Hermano mío! yo soi tu hermano!

CAR. Mi hermano! ah! *(Se precipitan ambos en los brazos.)*

GULL. Él! Dios mío! *(Momento de silencio.)*

FED. Oh! Siempre huérfano! *(Arrodiándose a los pies de don Guillermo.)* Señor, perdonad la falta de mi madre, que es la madre también de vuestro hijo! Aquí me teneis a mí, que soi el hijo de esa falta. Matadme, si quereis! gustoso entrego mi vida por borrar la mancha de mi madre!

CAR. Oh! calla hermano mío!

GULL. Sí! tan noble, tan jeneroso como ella! Pues bien; yo te adopto y te bendigo!

FED. Oh!

GULL. Aquí, hijos míos! aquí! *(Federico y Carlos se abrazan de don Guillermo.)* El cielo os hará felices queridos hijos! el Señor premiará vuestras virtudes! *(Se divisa por la puerta del foro y la ventana el incendio de un buque en el mar. Suenan dos cañonazos y ruido lejano del pueblo.)*

CAR. ¡Qué es esto, Dios mío! el incendio de un buque! un incendio en el mar!...

FED. Corramos a favorecer a esos infelices!

GULL. Sí, corred, corred a favorecerlos!

CAR. Pero, no! cómo os dejamos a vos solo, padre mío!

FED. Anda tú, Carlos; yo me quedaré.

GULL. No, yo os acompañaré también... Ah! no puedo!

CAR. No os movais, padre mio.

GULL. Ah! estos espectáculos me despedazan el corazón!

FED. Las llamas crecen! Oh! tenga Dios piedad de los infortunados!... Pero aquí viene Lorenzo! él podrá traer noticias... (*Llega Lorenzo desgreñado y sumamente inquieto.*)

FED. Aquí está! Qué buque es el que perece!

CAR. Sí, quienes son esos desgraciados!

GULL. Hablad!...

LOR. Ellos!

CAR. ¿Quiénes?

LOR. Vuestra esposa y su amante!

GULL. FED. CAR. ¡Cielos!

LOR. Yo les prendi fuego!

CAR. ¡Qué dices desgraciado!

LOR. Él habia hecho la desgracia de mi familia.

CAR. Oh! corramos a su socorro!

LOR. Es tarde! Yo aseguré el éxito!

CAR. Tú!... Ah!... Adela! quiera el cielo perdonarte como yo te perdono!

GULL. Carlos! hijo mio! Dios lo ha querido así!

FED. Es preciso respetar su voluntad, hermano mio!

CAR. Sí, talvez se habrá arrepentido! Dios tendrá misericordia de ella!

GULL. Ya no quedas solo en el mundo, hijo mio! perdiste una mujer perjura, y encontraste un hermano fiel! (*Carlos y Federico se toman de don Guillermo. Lorenzo se inclina.*) ¡Yo os echo, pues, mi bendicion, y espero que Dios os eche la suya desde el cielo!

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

